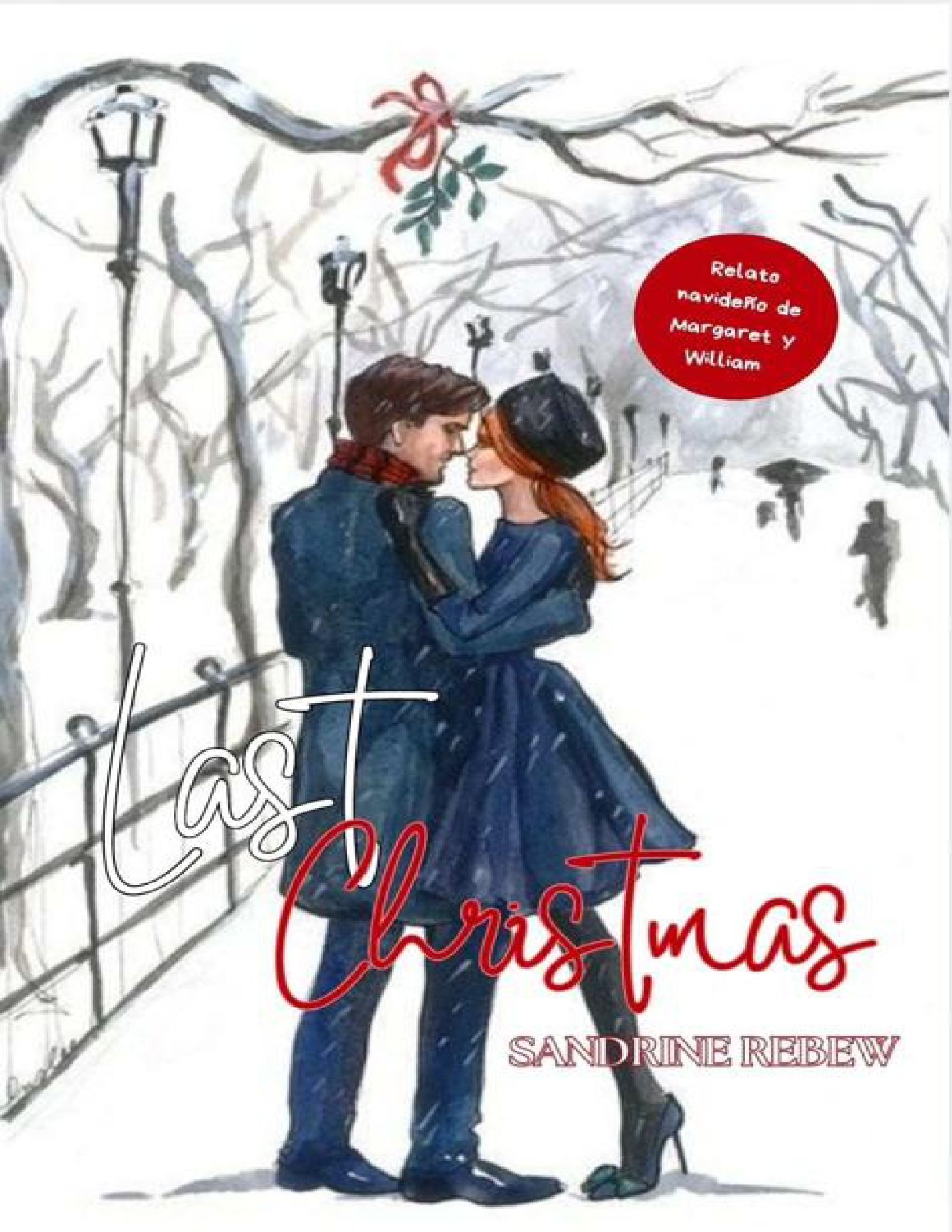

Relato navideño de Margaret y William
Last Christmas
SANDRINE REBEW



Copyright©2024. Sandrine Rebew Last Chritsmas

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Primera edición, 2024 Titulo original: Last Christmas

Diseño de la portada y maquetación: Sandrine Rebew



Margaret



Diez días antes de Navidad

Acabo de llegar a casa de mi hermana Caroline, acabo de llegar hace unos días de mis vacaciones antes de Navidad con William, mi marido. Hemos hecho cinco años de casados y hemos ido a celebrarlo a Estados Unidos, nos apetecía mucho. No salíamos de Europa desde hacía mucho tiempo. Entre el trabajo, la casa, y nuestro hijo no hemos podido disfrutar mucho de nosotros, y ya teníamos ganas. Así qué decidimos dejar al pequeño Henry a su tía Madison e irnos solos. Ha sido toda una aventura, tanto que mis hermanas están deseando que se las cuente, así qué aquí estoy, en la puerta de su casa para contarles la odisea.
—Bienvenida de nuevo, hermanita. Pensábamos que no llegaríais a tiempo para las fiestas —dice con sorna Caroline.
—Cállate, por poco mato a Will en este viaje —respondo.
—¿Por qué? —dice Madison acercándose a saludarme.
—Déjame que me siente, ¿no? Ahora mismo os lo cuento.
Isla que está hablando por teléfono viene corriendo a saludarme. Perfecto ya estamos solas. Así que voy al lío. Caroline nos sirve una copa de vino, como me gustan estás tertulias con mis hermanas. Las solemos hacer todos los sábados por la noche. Nos quedamos las cuatro en el piso de soltera de Caroline, y nos reunimos para contarnos nuestras cosas.
—Primero que nada, ¿todo bien con el súper Will? —pregunta Madison mirándome.

—Por supuesto, Will es mi gran amor. Pero sabes que ambos tenemos mucho carácter y nos tiramos de los pelos muchas veces, de ahí que decidiéramos hacer este viaje. Siempre estamos liados con nuestras empresas, que sí reuniones, que sí viajes a Irlanda Will, cuando regresa él me tengo que ir yo. La casa con Henry, que como es normal tiene cuatro años y necesita nuestra atención, ojo que nos encanta, pero no tenemos tiempo para nosotros, teníamos ganas de irnos a pasar una semana a Woodstock, en Vermont. Por eso decidí comprar un billete para regalárselo

como sorpresa, desde el día uno comenzó nuestra odisea.



William



Ya han llegado los chicos, Fred, Charles y Stéphane. Hemos quedado para tomarnos nuestras cervezas. Los sábados, cuando ellas quedan, aprovechamos nosotros para hacer lo mismo. Y es que tengo que contarles la odisea de viaje que hemos vivido Margaret y yo para llegar a Vermont y con la misma regresarnos a Londres.

— Algo le oí comentar a Carol hablando con las chicas —dice Stéphane.

— Fue un viaje de locos. Se supone que nos íbamos por cinco días, los justos que tardamos en llegar a Vermont, luego fue coger el avión y regresar —respondo.

Todos se ríen. Fue una autentica locura. Es que desde el día uno todo se nos puso patas arriba. Esa fue la prueba que nos pusieron para trabajar nuestra paciencia, porque sí bien tengo más paciencia que Margaret, en este viaje la perdí por completo.



Margaret



— Hola, amor —digo entrando en casa dirigiéndome a Will.

— Hola, preciosa, ¿qué tal tú día? —responde dándome un beso.

— Genial, tengo una sorpresa —expongo con cara de pilla.

— ¿Qué te traerás entre manos? Esa cara me la conozco.

— ¿Qué día es hoy? —pregunto arqueando una ceja.

— ¿Hoy? Jueves, ¿no? —responde tan tranquilo.

Me comienza a entrar esa ira que solo a mí me entra cuando William se olvida de nuestras cosas.

— Perfecto. Me voy a la cama, buenas noches —digo yéndome hacia la habitación de Henry.

— Henry no está, se ha quedado en casa de Madison, ¿no recuerdas que quería jugar con su prima Lily?

Sin responderle me dirijo hacia nuestra habitación, pero me quedo parada al ver el salón

decorado con globos y velas.

— ¿Qué es esto? —pregunto mirándolo.

— ¿De verdad creías que me había olvidado de nuestro aniversario? Hoy hace cinco años que nos casamos —expresa agarrándome por la cintura.

— Cinco años que llegué a casa de mis padres odiándote, jurando que te haría la vida imposible.

— Así es, aunque nos la hicimos imposible los dos, al punto en que me enamoré de ti perdidamente.



Si es que es un amor. No puedo evitarlo, no le dejo acabar, me lanzo a besarle.

— ¿Cuál es tu sorpresa? —pregunta.

— Nos vamos mañana de viaje. Ya he organizado todo en la empresa, pueden prescindir de nosotros unos días. Así que solo

debes hacer u maleta. El avión sale a las diez de la mañana.

William me mira incrédulo.

—Mañana tenía un viaje a Irlanda —responde.

—William, no podemos seguir atrasando el viaje. No estamos solos desde hace cinco años. Hecho de menos estar a solas contigo, disfrutar de ti. No podemos seguir así —digo nerviosa.

—Vale, tranquila. Déjame hacer unas llamadas y listo. Si es verdad que necesitas relajarte y yo tengo la forma.

William se marcha a hablar por teléfono y yo me siento en la preciosa mesa que ha preparado. Una vez que regresa, cenamos plácidamente recordando ese día tan especial para nosotros.



William



Parece mentira que después de tantos años, Margaret no sepa que me encanta hacerla bromas. ¿Cómo me iba a olvidar de nuestro aniversario? Sí ese día fue para mí el más especial de mí vida. Vale que fue una boda no deseada, ambos lo hacíamos por dañarnos, yo fui un poco cabrón, si aun no conoces nuestra historia bien, sal de aquí y vete a leer Será esta vez, ahí te enterarás de todo. Me hace ilusión irme de viaje con Margaret, los dos solos.

— ¿Tienes todo listo? —pregunta Margaret a punto de embarcar.

— Sí, todo está perfecto. No te preocupes.

Una de las azafatas llega a informarnos a todo de que ha habido un fallo y de que nuestro vuelo queda suspendido hasta nueva orden. Margaret se pone de los nervios, un poco más y se traga a la pobre azafata que no tiene culpa de nada.

— ¿Me quieres decir que hacemos ahora? Sois unos malditos incompetentes —escupe.

— Puede ir a la ventanilla y cambiarlo por otro vuelo. Lo siento mucho, señora. Yo solo soy una simple empleada.

Cuando esta se marcha, Margaret jura en arameo. Que carácter tiene. Vale que yo no me quedo atrás, pero en este sentido, soy más relajado.

— Quédate aquí enseguida vuelvo —

digo tratando de tranquilizarla.

Sin darle tiempo a replica, me marcho a hablar con la compañía. Después de hablar con un tipo muy borde, logro que me pasen con otra persona que me dice que nos cambian los pasajes, en vez ir directos a Vermont, nos vamos a Nueva York, desde allí, la compañía nos proporcionará un coche para que conduzcamos hasta Vermont. Regreso hasta donde dejé a Margaret que ya ha formado su propio comité, no puedo dejarla ni cinco minutos sola porque es capaz de hacer que todos los empleados del aeropuerto se pongan en huelga.

— ¿Dónde estabas? —pregunta al verme.

— Solucionando el problema. Ya está listo. Vámonos a la nueva puerta de embarque.

— ¿Qué nueva puerta? —pregunta.

Cuando le explico todo, no se queda muy conforme del todo, pero bueno, al menos se relaja un poco. ¡Qué mujer esta!



Margaret



Una de las mayores cosas que detesto es la falta de profesionalidad, cosa que la aerolínea ha demostrado. Sé muy bien que la muchacha no tiene la culpa, pero los cobardes hacen que otros den la cara, y claro, ¿con quién te desahogas? Menos mal que de alguna manera, Will ha logrado solucionarlo, aunque no e hace gracia tener que hacer escala en Nueva York, tenemos muy pocos días como para que encima perdamos el tiempo con escalas. Embarcamos por fin y salimos hacia nuestro primer destino. Will se pone a trabajar con su portátil, mientras yo me dedico a leer unos artículos que mi hermana me pasó para la empresa. Me llega un olor horrible hasta mi asiento, resulta que el tipo que está sentado detrás de mí se ha descalzado y ha puesto sus apestosos pies en mi cabecero.

— Esto es alucinante —digo a Will —.

Pues no va el muy guarro y pone sus apestosas garras encima de mi cabeza.
William se levanta y lo llama.

— Disculpe, le importaría quitar los pies de ahí, esta molestando a mi mujer.

— Pues no, fíjese. He pagado mi asiento y puedo hacer lo que me dé la gana en él —responde este.

— Podrá hacer lo que le dé la gana en su casa, no en un avión. Es usted un autentico cerdo. Sus asquerosos y apestosos pies no tienen por qué estar encima de mí. Quítelos ahora mismo —escupo molesta.

— ¿O sino qué? —responde.

— Pues que se as verá conmigo — contesta ya William de mal humor.

Cuando pone ese gesto ya sé que está muy enfadado y es mejor dejarlo.

— No me diga, ¿me va a pegar? —dice chulescamente el tipejo.

— Posiblemente le meta un puñetazo que le rompa esa cara de imbécil que tiene.

La gente en el avión mira en silencio hasta que llega una azafata.

— ¿Qué es lo que ocurre? No es un sitio para peleas, eso soluciónenlo cuando aterricemos —expresa ella.

— Eso no lo dude. Pero lo que no es normal es que este tipo tenga sus asquerosos pies encima del cabecero de el asiento de mi esposa.

La azafata ve lo que le decimos y le llama la atención.

— Caballero, no puede poner los pies ahí, por favor, ¿sería tan amable de quitarlos?

Este nos mira y los baja.

— Esa es la forma correcta de decir las cosas —expone.

— Y así se lo pedí desde un principio, fue usted que se puso chulo —contesta William ya harto de la conversación de besugos.

— No, eso no es cierto. Más bien lo que debería hacer es meterse en el baño con su esposa y echarle un buen polvo, verá como se les quita lo amargada.

William no lo duda más y le mete un derechazo que lo sienta del golpe. El tipo se queda medio aturdido en el asiento.

— Caballero, no están permitidas las peleas en el avión —dice la azafata.

— ¿Ha escuchado lo que ha dijo de mi mujer? Nadie habla así de ella en mi presencia. Ahora ya todo en su sitio, podemos seguir tan tranquilos con el vuelo.

La gente se ríe de ver la cara de idiota que se le quedo al tipejo ese, ya que está sentado acobardado y no ha vuelto a decir nada. El resto del vuelo todo parece normal. Me hecho una cabezadita, comemos algo, vemos una película, pero como no, otra vez empiezan los rollos. El símbolo de cinturones abrochados se activa, y la azafata nos informa de que vamos a pasar por una zona de turbulencias. Ponemos nuestros asientos rectos y nos abrochamos los cinturones. Las turbulencias no tardan en llegar. El avión comienza a bailar la lambada. Una chica que está delante de William se levanta histérica.

— Socorro, vamos a morir, vamos a morir —grita mientras comienza a correr por el pasillo agarrándose a la cabeza del

resto de los pasajeros.

— Bueno, lo que faltaba otra loca — expreso en voz baja a Will que se contiene para no reír.

— Paren el avión, me quiero bajar. No quiero morir —dice ahora yendo hacia la puerta del avión.

La tipa busca la forma de abrirla.

— Loca, que estás loca. Dices que no quieres morir pero pretendes abrir la puerta en pleno vuelo. Vuelve a tu sitio y siéntate, loca —dice uno de los pasajeros.

La tipa va hacia él y le golpea.

— No estoy loca, no quiero morir.

La azafata viene hacia ella y trata de persuadirla para que se relaje, pero la mujer está muy histérica.

— Nooo, vamos a morir. Me dices eso para engañarme. ¡Socorro!

No lo aguanto más, que gente mas estúpida, por favor. A ver, las turbulencias no son santo de mi devoción, pero de ahí a perder los nervios. La tipa que sigue histérica y trata de deshacerse de la azafata no para de chillar. No lo dudo y me levanto.

— Margaret, ¿Dónde vas? —pregunta Will.

— Ahora vengo.

Voy hacia ella que ahora está pegando saltos como una niña pequeña.

— A ver, tú te quieres callar. Un avión no se estrella por turbulencias. Te quieres relajar —digo con la poca paciencia que me queda.

— No, eso lo dicen para engañarnos y que compremos billetes y ellos forrarse.

— Si piensas eso, ¿porque viajas? No tiene mucho sentido, ¿no crees? —continuo.

— Cállate, eres uno de ellos —responde volviendo a dirigirse a la puerta del avión.

Ya me harte, así que voy detrás de ella. Le agarro del hombro.

— No me toques —grita.

— Mira ¿qué es eso? Se está rajando el techo —digo para distraerla.

— ¿Qué? —pregunta mirando histérica hacia arriba.

En ese momento le meto un puñetazo en la cara haciéndola que caiga de culo.

— Ahora estarás callada, que te ves más bonita.

Los pasajeros aplauden y se ríen a la vez. La azafata acompaña a la histérica a su asiento. Está

esta callada y llorando.

— A ver si ahora ya las pocas horas que quedan las pasamos tranquilamente —digo a William sentándome.

— La gente va a creer que somos unos agresivos, primero yo a ese tipejo, ahora tú a la loca —expresa riéndose.

— Mira que piensen lo que quieran. La gente está muy ida.

Me apoyo sobre su hombro y continuo viendo la película.



William



Este viaje está empezando a parecer el expreso de medianoche. Madre mía. Menos mal que ya hemos aterrizado en Nueva York. El tipo al que golpeé según desembarcamos desapareció, seguro que creyó que le iba a estar esperando para seguir golpeándole. Después de estar esperando un buen rato por nuestro equipaje, solo llega mi maleta. La de Margaret no ha viajado, se quedó en Londres.

—No me lo puedo creer. Ahora mi maleta, en serio, ¿nos ha mirado un congreso de tuertos? —dice ya cansada —. Solo quiero llegar a Vermont y poder disfrutar de nuestra estancia, hemos perdido dos días. Nos quedan tres. Un vuelo de tantas horas para ahora esto.

—No pasa nada, vamos de compras. Hace mucho que no te regalo nada. Quiero regalarte un armario nuevo —digo tratando de relajarla.

Se queda en silencio un rato pensándoselo.

—Te tomo la palabra, al menos algo bueno —dice mirándome melosa.

Le doy un dulce beso en los labios.

—Vamos a llamar a Madi y decirle que hemos llegado bien, que estamos en Manhattan, que vamos a pasarnos por su casa cuando compremos para ducharnos, cambiarnos, así luego podremos irnos a Vermont limpitos y frescos —digo guiñándole un ojo.

Después de contarle por encima lo que ha ocurrido e informamos de que nuestro peque esta bien, nos vamos de compras. Me gusta ver a Margaret sonreír, tiene una sonrisa tan bonita. Le he comprado de todo, pantalones, chaquetas, blusas, vestidos, zapatos, accesorios, ropa interior, maquillaje, al menos que todo el dinero que ganamos con nuestro trabajo lo podemos disfrutar.

— Madi me dijo que iba a llamar al portero de su edificio para informarle de que íbamos para que nos diera la llave y nos dejara subir. La verdad que es un chollo que mi hermana viva entre Nueva York y Londres nos ha venido de lujo que su casa este vacía —expone.

Después de darnos una deliciosa ducha y cambiarnos llamo a la compañía para decirles que nos envíen el coche que nos prometieron. El tipo que atiende mi llamada me dice que no hay ninguna notificación de ello, por lo que no podemos coger ningún coche. Me salgo a la terraza para ponerle fino, no quiero que Margaret me escuche, no quiero que se ponga nerviosa de nuevo. Llamo a una agencia de coches y les pido uno para nuestra dirección, un cuatro por cuatro de esos que sé que le gustan a ella. Les hago una transferencia, y listo. Al menos que crea que es el coche que nos prometió la aerolínea.

Una hora después el portero nos informa de que el coche ya está abajo listo para que nos podamos marchar. Menos mal, algo que sale bien.



Margaret



Es una joya William, me hizo muy feliz que dentro de lo malo del viaje, al menos me regalara ropa. Pero ha hecho una abuena compra, hasta una maleta me regaló, claro que sino como me llevo todo esto. El coche es de los que me gustan, esos grandotes. Abro el mapa y tomamos rumbo a Vermont, luego allí el camino hasta ese precioso pueblito. Las carreteras son una maravilla, todo línea recta. Las hojas todas en el suelo con esos colores que les ha dado el frio que hace. Amo esos días así. Fríos, nevados, me parecen ideales. Pongo música y me pongo a hacer un rato el tonto.

— ¿Paramos a comer? —pregunto.

— Creo que deberíamos seguir, aun quedan unas horas, sino se va a hacer de noche, queremos llegar hoy —responde.

— No, mira aquí en el mapa viene el atajo del que te hable, nos ahorramos todo esto si vamos por aquí —digo señalizándoselo. Llegaremos antes, hay tiempo de sobra.

— Bueno, entonces vamos a comer algo.

Aparcamos y entramos en un pequeño restaurante a comer. En el mapa está señalizado como un buen restaurante, y solo con entrar y verlo le damos la razón. Para ser un restaurante que está en la carretera tiene una pinta muy fina. Nos sentamos y enseguida nos atienden.

— ¿Cómo te sientes con respecto a tus primeras navidades con tu hermana Caroline? —pregunta Will.

— Pues muy contenta. La verdad que cuando me enteré de quién era no me gustó nada. Creí que era una trepa, para conocer esta historia tienes que leerte, Latidos del corazón, el tercero de la saga hermanas Jones. Pero resulta que la adoro. Nuestras primera navidades siendo cuatro hermanas. ¿Y tú? ¿Como te sientes con respecto a Bethany? Este mes hará cinco años que ocurrió todo.

— Bueno, Bethany, mi hermana pequeña y adorada. El año que viene saldrá su biografía, así todos entenderá bien quien es y cual es su historia.

— Lo sé. Pero ella te hizo daño, Will. Aunque llegó a ser mi mejor amiga, llegué a adorarla.

Viendo su expresión, decido cambiar de conversación.

— Que buena está la comida, por favor.

— Y que lo digas.

De pronto la gente empieza a correr. William me mira.

— ¿Qué ocurre? —pregunto.

— No lo sé, pero voy a ver si me entero.

William se levanta y se asoma a la ventana. La calle está llena de gente corriendo, mujeres salen del restaurante como locas.

— Vámonos de aquí —dice Will.

— Pero ¿Qué ocurre? —pregunto sin entender.

— Es una redada. Esto es un prostíbulo.

— ¿Cómo? —pregunto mirando alrededor.

Vaya, ahora que lo dice, es cierto, tiene toda la pinta, pero ¿cómo no nos dimos cuenta?

Salimos pitando del restaurante, obviamente no pagamos, no vamos a entretenernos en eso. Nos subimos rápidamente en el coche y salimos por patas.

— Este viaje me está empezando a parecer una mala idea. Si lo llego a saber, hubiera sacado un billete para irnos a Escocia que me han contado que han sacado un precioso libro llamado, Una vez en diciembre, cuenta la historia de una mujer que pasó a otro siglo por un colgante, para romper una maldición. Así hubiéramos visitado los sitios donde se basó la historia.

William me mira y sonríe. Menos mal que al menos estamos juntos.



William



Después de un par de horas conduciendo me percato de que estamos perdidos. La dirección que me ha dado Margaret está mal. Mierda, ya es de noche.

— Margaret, estamos perdido —digo mirándola.

Estaba mirando su movil tan placidamente.

— ¿Qué? No puede ser. Te di el atajo, seguro que te metiste por otro que no era —dice poniéndose nerviosa.

— Es el que me diste. De hecho, después de estar dos horas diciéndote que fuéramos por la carretera normal, te pusiste pesada y me obligaste a meterme por este camino. Tú y tu manía de no reconocer tus errores, siempre somos los demás —escupo mosqueado.

— ¿Perdóname? ¿Que yo le hecho la culpa a los demás? Eso no es así, yo reconozco mis errores, pero la gente es torpe —responde mientras se le infla la nariz.

— Margaret, tu jamás reconoces tus errores. Te crees tan perfecta que siempre piensas que estás por encima de los demás.

Margaret entonces me mira furiosa. Paro el coche, si vamos a discutir al menos que no sea conduciendo. Margaret se baja del coche.

— ¿Me estás diciendo que soy una estirada? ¿Qué me creo perfecta? ¿Tú? ¿Te recuerdo que a ti te conocían por la roca de los negocios? Por tu maldita frialdad. Cuando nos conocimos me miraste por encima del hombro. Querías acabar conmigo y mi empresa. Me hiciste la vida imposible en los primeros meses de nuestra matrimonio. Te trais a tias para follartelas en nuestra propia casa. Solo querias humillarme —grita furiosa.

— No me grites. Sabes que lo detesto. Yo al menos reconozco que me pasé. Pero no me tienes que echar en cara nada, tu te llevaste a Charles para tirártelo en nuestra cocina para yo sorprenderte. Te fuiste de casa la primera semana de casados para irte a su casa. No tienes nada que reclamarme. Sí Margaret, a veces te crees tana perfecta que dudas de todos. Dañas a la gente con tus palabras, ¿te recuerdo lo que le hiciste a tu hermana Caroline? No eres una perita en dulce, guapa.

Me mira y se calla. Tiene una cara de enfado que no veía desde aquella época. Se vuelve a subir en el coche. Yo me quedo un rato refrescandome la cara. Al cabo de un rato vuelvo a subir. Arranco el coche, y vuelvo a la carretera principal, que con esta oscuridad no se ve muy bien. Margaret está en silencio mirando por la ventanilla. Manejo durante un rato. La carretera está vacía, a lo lejos veo unas luces, y para nuestra suerte pone, Motel.

— Vamos a hacer noche aquí, está muy oscuro y apenas se ve.

Solo recibo un movimiento de hombros por su parte. Nos bajamos y vamos a recepción a pedir una habitación. Luego agarramos nuestro equipaje y entramos en la habitación. Esta entra directa al baño y escucho como llena la bañera. No quiero decirla nada, prefiero que se relaje, la conozco muy bien. Me tumbo en la cama y me pongo a leer. Despues de una hora, la puerta del baño se abre y sale de él.

— ¿De verdad soy tan mala persona? — dice de pronto rompiendo su silencio.

— No, no he dicho eso, Margaret. Somos humanos, todos cometemos errores, tu eres un ser bueno, noble, honesta, cariñosa, dulce, pero tienes tú carácter, debes aprender a dominar tu carácter, al igual que hace cinco años me lo dijo Bethany delante de ti, ¿recuerdas?

Margaret me abraza entonces.

— Te quiero mucho mi pequeña chispa —expreso.

— Lo dices por mi color de cabello — responde riendo.

— Sí, por eso mismo —contesto guiñándole el ojo.



Margaret



Después de una noche donde la pasamos increíble, volvemos a la carretera, paramos a desayunar, antes verificamos que no es un puticlub. Hace mucho frío. La nieve se a apoderado de la carretera. Al punto que ni con cadenas podemos mover el coche.

— ¿En serio, esto es una camara oculta?

Vaya viaje de locos. ¿Llegaremos en algun momento?

Una pareja que estaba en la cafetería van al mismo sitio que nosotros.

— Disculpen no hemos podido evitar escucharlos, mas que nada porque estabamos con la oreja pegada, no voy a mentirlos, la cosa es que nosotros también vamos al mismo sitio. Según nos han dicho hay un tren que va directo desde aquí. Vermont está a media hora en bus. De allí sale un tren para Woodstock.

— ¿En serio? —pregunto ya incrédula.

— Sí, así es. En cinco minutos sale el bus.

Raudes y veloces William y yo vamos a la parada. No podemos perderlo, después de todo lo que estamos pasando para llegar, al menos que lleguemos.

— ¿Te das cuenta que vamos a ir para pasar un día? Pasado mañana volvemos a Londres —dice William.

Me empiezo a reir para no llorar.

— Lo sé, es triste.

El bus para y nos subimos unos cuantos. Al menos dentro se está calentito y los asientos son comodos. Durante el camino todo está precioso. Los arboles con el hielo entre sus hojas. La poca gente que se ve por la calle está sonriendo. Me gusta ver a la gente sonreir. Aprovecho para sacar fotos y mandarselas por whastaapp a mis hermanas, tenemos un grupo donde hablamos de anecdotas y tonterías. Me gusta la unión que tenemos las cuatro, aunque antes no fue así, hubo una época, en la que conocí a William que me llevaba muy mal con Isla, es la mas tranquila de las cuatro y la mas paciente. Pero bueno ella tambien tendrá su historia el próximo año. En un abrir y cerrar de ojos llegamos a Vermont.

Agarramos nuestros equipajes y bajamos rapidamente para irnos a la estación.

— Que bien, llegamos a tiempo —dice la pareja.

Compramos los billetes y nos sentamos a esperar, el tren no tarda ni dos minutos y llega a la estación. Nos subimos y colocamos nuestro equipaje arriba de nuestros asientos. No va muy lleno, mejor, contra menos vulto, más claridad. Al igual que en el bus, disfrutamos de las vistas Saco muchas fotos. Los adornos en las casitas de la gente las dejamos atrás para ver solo naturaleza. Que belleza. Me pongo a escuchar música mientras Will se pone a leer. Un freno brusco nos pone en alerta.

— Señores pasajeros, debido a la nieve la vía está tapada. Tenemos que esperar a que la quiten para poder continuar.

— Esto me recuerda a muerte en el Orient express. Espero que no haya ningun asesinato —digo riéndome.

— Si es lo que te digo, este viaje está siendo una autentica aventura. ¿Llegaremos a nuestro destino o por el contrario pasaremos los días que nos quedan aquí? —se carcajea Will.

Dos horas después nos damos cuenta de que quizás tenía razón y los días que nos quedan las vamos a pasar aquí. Las horas siguen pasando y aun siguen quitando nieve. Me comienzo a desesperar, me muevo de un lado a otro, así que decido ir al baño, llamo a la puerta porque oigo unos ruidos, pero de pronto estos cesan. ¡Que extraño! Me quedo en silencio y vuelve a oirse ruidos. ¿He oido lo que creo que he oido? Una pareja está dentro dale que te pego. Pero la gente aprovecha cualquier cosa para echar un povo, yo prefiero hacerlo en la intimidad de una habitación, como anoche, la verdad. La puerta se abre y no es otra que la pareja que estaban poniendo la oreja. Disimulo como si no hubiera oido nada, pero no entro en el baño, paso. En el tren hay un pequeño restaurante, así que nos tomamos un refrigerio, porque con la tontería ya son las seis de la tarde.

Por fin han quitado la nieve y volvemos a arrancar. Llegamos a las nueve de la noche a nuestro destino.

— Will solo vamos a poder disfrutar un rato mañana por la mañana, ya que por la tarde debemos volver a Vermont, coger el coche e irnos al aeropuerto. Vaya mierda.

— Vamos a arreglarnos, te invito a cenar. Vamos a aprovecharnos de que por fin estamos aquí.

No lo dudo más y saco un vestido precioso que me compré ayer. Mis super tacones y mi precioso abrigo.Me pongo mi gorro ruso que me encantó nada más verlo en la tienda.

— Guau, estas preciosa —dice Will al

verme.

— Tú también —dice dándome un beso.

Cenamos en un restaurante francés. La comida esquisita. Paseamos por el pueblo aunque ya es de noche y no se ve bien. Llegamos a una plaza donde está el arbol de Navidad. Hay muchos turistas sacandose fotos, así que no me quedo atrás y nos fotografiamos juntos.

— Margaret, gracias por este viaje — dice William.

— ¿Me estás vacilando? —pregunto.

— No, en serio. Sé que ha sido una odisea desde el minuto uno, pero lo que importa es que estamos juntos, realmente piénsalo, ¿lo has pasado mal?

Me quedo pensativa y me doy cuenta. Tiene razón.

— Es verdad, no lo hemos pasado bien, incluso con nuestras discusiones, que te prometo que pienso trabajar más mi carácter desconfiado. Eso es lo que he aprendido con todo esto. Muchas gracias, mi amor.

— No gracias a ti. La vida contigo es muy divertida. ¿Recuerdas nuestras segundas navidades? Cuando nos fuimos todos a pasar la Navidad a Suiza, ese accidente que sufriste donde perdiste la memoria.

— Sí, lo recuerdo —respondo —. Donde también creí que me estabas engañando con tu secretaría.

— ¿Lo ves? Si es que no nos aburrimos.

Nos abrazamos y nos damos un besazo que me hace temblar las piernas.



William



En unas horas tenemos que irnos al aeropuerto. Aunque hemos disfrutado poco del sitio, la verdad nos lo hemos pasado bien. Nos hemos reído, nos hemos enfadado, pero he estado en la compañía de mi amor, que es lo más importante para mí. Nos vamos a desayunar a una cafetería super acogedora. Es preciosa. Luego nos vamos a la iglesia, toda blaquita, parece un copo de nieve, y luego vamos a la tienda *F.H. Gillingham & Sons* una tienda de antiguedades, compramos varias cosas para nuestra familia, sobre todo para nuesro pequeño Henry y como no, dulces de arce, los tipicos de aquí. Luego volvemos al tren y en nada nos ponemos en Vermont. De ahí llamo a los del alquiler de coches y les explico lo que ocurrió y donde lo dejé aparcado, para que lo recojan allí. Cogemos un taxi y llegamos al aeropuerto.



Margaret



Ya estamos rumbo a Londres. La vuelta ha sido completamente diferente a la ida. Sin duda ha sido un caos, pero no me arrepiento. Lo hemos pasado bien, ya que como bien me dijo Will, lo hemos pasado juntos. Durante años lo hemos dedicado a trabajar. No hemos hecho nada juntos mas que compartir trabajo e hijo, pero nada más. Echaba de menos el pasar aventuras con él, así nos conocimos, y quiero que siempre sea así. Así que, no, no me arrepiento de este caos.
Cuando llegamos a casa, mi maleta está allí. La enviaron desde el aeropuerto. Y además ahora tengo ropa nueva, me encanta. Henry viene a casa después de la guardería, nos lo trae su nany. Miro a mi alrededor y ver a Henry y William jugar me hace darme cuenta lo afortunada que soy. No me puedo quejar. Agradezc haber conocido a este hombre hace cinco años, vivir todo lo que vivimos y estar aquí cinco años después.

— ¿Entonces no lo pasastéis tan mal? —pregunta Isla.

— Pues la verdad, no. Fue un viaje atípico pero divertido —respondo sonriendo.

— Mañana cenamos todos juntos donde papá y mamá —dice Madison.

— Sí, tengo grandes regalos para todas —expreso con una sonrisa.



Margaret



La casa de mis padres está preciosa. Un gran árbol al lado de la chimenea, la decoración como cuando éramos niñas. La casa huele a pavo y a pastel de carne. La música de George Michael con su maravillosa canción *Last Chritsmas* suena en toda la casa. Mis hermanas con sus respectivos maridos están llenando el salón. Va a ser la primera Navidad que pasemos junto a Caroline. Lily, Henry y los peque de Isla juguetean alrededor del árbol. Están deseando abrir sus regalos.

Todos se ríen cuando recordamos nuestro viaje de locos. Pero bueno algo nuevo pare tener en nuestros recuerdos. Carol nos informa que va a pasar seis meses en Francia junto a su marido, al ser un conde tiene sus obligaciones, pero bueno una excusa maravillosa para viajar, y sin movidas raras.

— Vamos, niños, corran a abrir sus regalos.

Mientras los peques los abren emocionados, les damos a todos los regalos que les hemos traído. Todos adoran sus preciosos regalos. La verdad que queríamos traerles cosas bonitas, que el viaje loco sirviera para algo, al menos pudimos hacer buenas compras. Luego le doy su regalo a William.

— No sabía que me habías comprado

algo. No nos separamos en todo el catastrófico viaje —expresa.

Hay una caja, la abre ante la mirada de todos.

— Que será, será —dice Isla.

Nadie sabe la sorpresa. Y es raro, me cuesta guardar secretos. Cuando logra abrir la caja se queda mirándome asombrado.

— ¿Qué es? —pregunta Carol.

William saca entonces un predictor y unos patucos color rosa. Todos empiezan a aplaudir emocionados.

— ¿De verdad estás embarazada? O esto significa que quieres que busquemos por fin un nuevo intrigante —pregunta nervioso.

— No hace falta que lo busquemos, ya lo tenemos aquí.

Me abraza fuertemente. Yo tampoco me lo esperaba. En el viaje me encontraba rara, pero no me imaginaba que fuera esto. Creí que era por el cansancio de las cosas que no es estaba pasando. Pero cuando llegamos, vi el calendario y tenía un retraso, así que me hice la prueba y me quedé de piedra cuando lo vi. Siempre hablábamos de darle una hermanita o hermanito a Henry, aunque queremos una niña, no sé que será, pero nunca lo llevábamos acabo por nuestro trabajo, pero aquí está. Este viaje nos ha llevado a darnos cuenta de que el trabajo no lo es todo, que no podemos dejar todo para más adelante sino que aquí y ahora, y que nos da lo mismo las dificultades o cosas raras que ocurran, mientras estemos juntos.

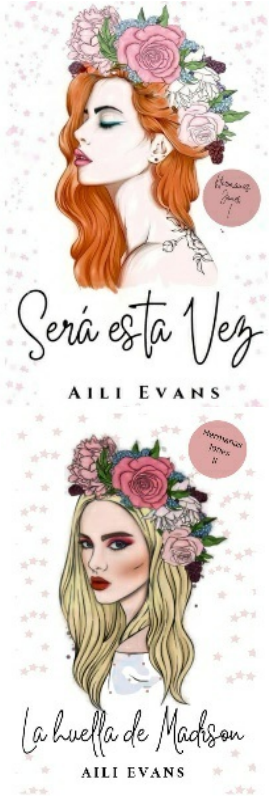
Nos damos un beso y volvemos a sellar nuestro gran amor ante la mirada de nuestra familia.

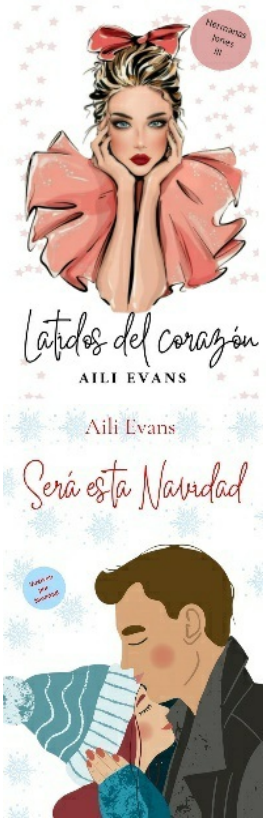


Agradecimientos ;

Gracias a los que me leéis desde Será esta vez, este relato es un regalo para todas vosotras.

Libros de la misma saga




Latidos del corazón
AILI EVANS
Aili Evans
Será esta Navidad